



LOS CALEROS DE MONTESCLAROS EXPOSICION ETNOGRAFICA

**MUSEO DE SANTA CRUZ
Toledo, 17-31 mayo 1986**

Presentación

En uno de tantos viajes que profesionalmente nos vemos obligados a hacer, llegamos a Montesclaros donde unos muchachos entusiastas habían limpiado (ellos decían excavado) la ermita de San Sebastián.

Nuestro guía en esta ocasión fue un periodista que ama a su patria chica, Eliseo R. Albarrán, y como es frecuente suelen enseñarnos aquello que ellos estiman.

De este modo conocí un campo lleno de caleros que yo veía por primera vez. Todos parecían sentenciados a muerte y me dio la sensación de que dentro de unos años no quedaría más que el recuerdo, de algo que había sido el medio de vida de un núcleo de población de nuestra provincia con sus costumbres propias tan próximas al sentir de Castilla la Vieja.

Sentí una vez más la angustia de ver perecer la etnología toledana, y aprovechando el entusiasmo de Eliseo Albarrán determinamos salvar con los medios a nuestro alcance esta artesanía rural.

Esta es la causa de esta exposición, que perpetúe en fotografías los caleros que este año, enteros o en parte, pudimos contemplar. Una moqueta hecha con los mismos materiales de los caleros acompañan esta muestra gráfica, y algunos de los utensilios que los trabajadores de la cal emplean en su trabajo.

Después de esta exposición en el Museo, queremos que vaya a otras zonas donde también se trabaja la cal para que sirva de aldabón a aquellas localidades que conserven en pie algún calero. Pero muy particularmente nos dirigimos a Montesclaros donde es obligado, que los caleros que se mantienen en pie no desaparezcan.

Un vídeo de Desiderio Montelo sobre la temática de los caleros y su divulgación completará nuestra labor en favor del Calero de Montesclaros.

Matilde Revuelta

POR LA RUTA DE LOS CALEROS

(...Por el camino rojo que va a la ermita de San Sebastián, unas mujeres de negro con sombrero llevan el cocido a los caleranos. No sé si es tío Riles o tío Carlos Chato quien está encendiendo un calero. Pero hay mucho trajín. Se oyen voces en la lejanía. En la cerca de tía Genara están las ovejas de Cachi amodorradas unas junto a las otras. Cachi oye la radio debajo de una encina...)

El pensamiento se había centrado un buen rato en los días del pasado montesclareño. La vida de Montesclaros, ahora en los últimos años del siglo XX no guarda mucha semejanza, casi ninguna, con los años sesenta y parte de los setenta como punto de referencia más reciente.

Los caleros montesclareños están al sur, lindando en sus fronteras no lejos del río Guadiervas. Están concentrados, mudos, tristes, abandonados a un lado del camino viejo de Talavera y por el camino del Renjel.

La zona de los Industriales, Caballeros (¿acaso ahí está el calero más antiguo...?), San Pedro Alcántara... constituyan el núcleo del trabajo cotidiano de los hombres de la cal. Al hacer recuento por esa humilde y áspera tierra se pueden sumar un considerable número de hornos campestres. Más de 25. Muchos de ellos fueron reconstruidos sobre otros viejos, cuando las piedras de sus paredes estaban desgastadas por la elevada temperatura de la cocción. Ahora, al cabo de los años del «progreso» y del estímulo del cemento, la cal y los caleros están pasados de moda. Nadie tiene o parece tener interés en protegerles, en evitar su desaparición. Casi todos están cubiertos de tierra, o bien hasta arriba del todo, hasta las cobijas, o hasta la mitad, a la altura del poyuelo. También se utilizan para vertedero de basuras —plásticos, electrodomésticos inservibles— o para tirar animales muertos. Algunos se están desmoronando por el estribo o parte frontal. En definitiva, un desastre total.

A vuelapluma, podemos hacer un recorrido veloz por nuestros caleros, reflejos de una época gloriosa y floreciente de Montesclaros. Casi todo el pueblo —más de mil habitantes por entonces— guardaba relación con la producción y venta de cal.

El calero del cerro don Pedro, de pequeñas dimensiones, en mal estado, a punto de derrumbarse. El calero de tío Chato, cubierto de espesísima maleza, zarzas sobre todo, con restos de animales.

El de tía Genara, totalmente derruido. El de tío Juan, bien conservado —relativamente— con electrodomésticos, plásticos y animales muertos. El de la Campana Gorda bien conservado, con tierra hasta el poyuelo. El del Chaparro Alto, buen estado, con muchos escombros. El del Charcón, tapado de tierra y estribo a punto de derrumbarse. El Calero Nuevo, interior limpio, con el lateral derecho a punto de desmoronarse. El Chico: parte frontal derrumbada. El de la Cosa Mala, interior repleto de escombros. El de la Casilla, cubierto de tierra. El de tío Sotero, en mal estado, medio ruinoso. El de la Coscoja, en situación crítica. El de tío Juanito desaparecido para utilizar su espacio de siembra o pastos.

Los cinco de los Industriales, también de Patapalo, muy próximos entre sí. Tres de ellos en mal estado. Y en uno de ellos Colás produjo cal hasta 1982. El de tío Cándido, de pequeñas dimensiones, semi-derruido y en preocupante abandono.

El de Cabronales, Caballeros, el de Leja, el de Tío Claudio, el de Otero Besteiro y algún otro más tampoco gozan de situación envidiables.

Tras nuestra ruta por los caleros no podemos obtener un resultado más pesimista. Debemos entre todos esforzarnos en impedir una hecatombe final. Tenemos que mimarles como algo propio.

Eliseo Albarrán

PEQUEÑA HISTORIA

De siempre, MONTESCLAROS ha estado ligado con la fabricación de la cal. Su nombre topográfico guarda relación perfecta con su entorno, montes claros, blancos, por su abundantísima piedra marmórea blanca. Son inagotables sus canteras.

Tenemos referencias históricas de la existencia de la cal, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Por el Catastro del Marqués de la Ensenada, fechado en 1752, sabemos que en Montesclaros funcionaban dos hornos de cal. El uno pertenecía a don Felipe Rodríguez, gobernador del Estado de Montesclaros-Castillo de Bayuela que integraba ocho villas y aldeas (Castillo de Bayuela, Garciotún, Higuera de las Dueñas, Marrupe, Nuño Gómez, el Real (de San Vicente), la Hinojosa y Montesclaros), por el que se obtenía anualmente de utilidad cien ducados de vellón. El otro, situado en la zona de Caballeros, propio de la mencionada villa le producía anualmente en arrendamiento ciento sesenta ducados de vellón. Por aquel entonces ese horno estaba arrendado a Manuel Fernández de Ribera, vecino de Talavera.

No obstante, los romanos pudieron ser sus primeros explotadores doscientos años antes de Cristo. Ellos habían impuesto su cultura para esta zona, y los caleros, no cabe duda, fueron uno de sus grandes descubrimientos, que no solamente les ayudó en el rápido desarrollo de la arquitectura abovedada romana sino que imprimió un sello especial y completamente original. Los griegos ya lo habían aplicado antes pero muy poco. Es muy probable que hacia los siglos IV y III antes de Cristo fuese corriente en Campania, de donde se pasó a Roma. En cuanto al procedimiento de la fabricación de la cal se obtenía de la misma forma que ahora. Apenas ha variado la técnica. Quizás ahora sea más sofisticada. La cal se obtenía quemando en hornos especiales piedra caliza corriente, trozos de mármol, guijarros de río... El fuego transformaba dichos materiales en óxido cálcico o cal viva, que se apagaba con agua transformándose en hidrato de calcio.

Durante la romanización romana en España de más de seis siglos y medio de duración, dejaron probablemente algún calero en el término de Montesclaros. En el camino viejo de Talavera, cerca del calero de tío Juan y de la Campana Gorda quedan vestigios de una calzada romana de tercera categoría, y en esa dirección, pero ya dentro del casco rural, hay un pozo romano.

Antes de la fuerte emigración hacia Madrid o hacia otros puntos fuera de España, la cal era uno de los principales medios de subsistencia de cualquier familia montesclareña. Todavía en el año 82 Montesclaros mantenía una pequeña producción de cal. Se encendía un calero en la zona de los Industriales, propiedad de Gregorio Guerra de Talavera. Con la muerte reciente de este hombre puede decirse que se ha cerrado un capítulo hermoso de la historia de Montesclaros, que jojalá! no se haya cerrado para siempre.

DIA DE «JALBIEGUE»

Si no fuera por el reiterativo y monótono canto de las chicharras, y el tintineo de los platos medio acabados, se diría que la vida se ha paralizado a las tres de la tarde en el verano montesclareño. El sol pesa tanto que arremete brutalmente contra las formas. El espacio pierde alguna de sus dimensiones no existen las formas, el tiempo, sólo viene marcado por la música del Telediario que sale vociferando de los bares de la Plaza.

—Me teneis que ayudar a dar esa fachada antes de la Virgen de Agosto.

—Pero no la «jalbegamos» ya el año pasado?

—Es que no comes tú todos los días?

—Pero si todavía está limpia. ¿Para qué la vamos a «jalbegar» otra vez? ¡Con el calor que hace ahora! ¿No lo podrías dejar para después del verano?

—¡Cómo la vamos a dejar para después! Hay que darla antes de la Virgen. Os levantáis una mañana prontito y antes de que caliente el sol la termináis.

Después de haber llenado el estómago de garbanzos, rinrán y sandía, el sol se hace tan aplastante, que la palabra siesta empieza a tomar todo su significado.

Las chicharras vuelven a adueñarse del pueblo por un momento y el chirriante silencio sólo se ve perturbado por las ruidosas hazañas de algún super-héroe americano que salen pregonadas de los bares mezcladas con el seco golpe de las cuarenta en bastos.

—Ayer encendieron un calero y le he pesquisao a Colás dos arrobas de cal. Así que un día de estos tenéis que blanquear la fachada.

—¿A qué hora tenemos que levantarnos?

—Pronto, que luego no hay quien soporte el sol.

—¡Vaya madrugón! Y sólo por tu manía de hacerlo antes de la fiesta.

Una ligera brisa de la sierra, hace a la noche un poco más fresca, un poco más alegre, un poco más viva. Las Eras, el lugar más fresco del pueblo, se convierte por la noche en un espectáculo divertido y bullicioso de gentes que montan sus tertulias en las piedras que nacen por doquier en la cañada de las Cebras. Los grillos, las ranas de la cañada de Cabezas y alguna esporádica sonrisa procedente de la oscuridad, forman el silencio y complementan la armonía de la noche.

—¡Vamos, arriba! A ver si podemos hacer el «jalbiegue» con la fresca.

—¿Qué hora es?

—Ahora es buena hora. Pero no os hagáis los remolones, que dentro de nada sale el sol y luego no hay quien aguante la calorina.

A las siete de la mañana el pueblo tiene todas sus formas bien dibujadas. El sol empieza a ofrecer sus primeros destellos por la Cuesta Blanca. Los gorriones gritan desafinados y bullangueros por los tejados de las casas acompañados por el elegante silbido de los tordos. Las mujeres salen a barrer la puerta, mientras un delicioso olor a café sale de las casas, mezclado con la tierra mojada y limpia de la calle.

Darío Cano